



CAPITULO UNDECIMO.

Basilica de San Lorenzo.—Cripta.—Sepulcro de Pío IX.—Columna de San Lorenzo.—Panteón municipal.—Estación del Ferrocarril.—Rumores de la peregrinación á Tierra Santa.—Invitación al Sr. Dr. Ruiz.—Iglesia de Jesús.—Sepulcro de San Ignacio.—Sepulcro de San Francisco Javier.—Grandísimas impresiones.



la magnífica *Basilica de San Lorenzo*, extramuros, nos vamos ahora según la orden de nuestro compañero el respetable Sr. Dr. Ruiz. Aunque las tranvías eléctricas nos podían conducir, sin embargo por ir platicando y preguntando con más libertad y franqueza preferimos las *vetturas*, y así fué como nos trasladamos á este hermoso edificio donde reposan los restos del Pontífice de María, el inmortal Pío IX, y donde también fué martirizado el

levita Lorenzo, de donde toma el nombre esta Basilica. Ya con estos antecedentes, vivos eran nuestros deseos y vehementes las ansias que de nosotros se apoderaron por llegar con prontitud. *Avanti*, le decíamos al cochero, *subito* le repétíamos y por fin, atravesamos muy pronto la Vía Triburtina y en frente del camposanto ó panteón municipal nos encontrábamos. La visita de este edificio la dejamos para cuando terminásemos la que más anhelábamos.

Su creación se remonta al primer siglo del cristianismo, y fué construida por orden de Constantino, con razón y justicia llamado el grande. Su pórtico está formado y adornado con seis primorosas columnas, sobre las cuales descansa una suntuosa cornisa adornada de vistosos mosaicos. Penetrando luego á su interior la encontramos dividida en dos partes distintas, de las cuales la primera está repartida en tres naves. En la que está en medio, admiránse dos bellísimos frescos, hechos con toda maestría por el famoso pintor moderno César Fracanzani, en los que se representan muy á lo vivo episodios de la vida de San Esteban y San Lorenzo, y los que

mirándolos con la debida atención al mismo tiempo que admirado se queda uno al ver tanta fe y amor á Dios en estos dos héroes del cristianismo, ve la perfidia y ceguedad tan grande de aquellos emperadores que nada les movía á compasión, é increíble parece que sólo por el nombre de cristiano que uno llevara, á tantos tormentos se le condenara.

A la derecha de la puerta de la entrada se encuentra el visitante con un majestuoso sarcófago que contiene las cenizas del Cardenal Guillermo Fuschi del año 1256; sobre el altar llamado de la confesión se encuentra una preciosa urna que encierra los huesos de los santos mártires San Esteban y San Lorenzo.

También se ve una piedra donde pusieron ó sujetaron la parrilla donde asaron el cuerpo del gran invicto mártir Lorenzo.

En este sitio donde se encuentra erigida la Basilica existía una posesión que llevaba por nombre *Fundus Veranus*, donde su piadosa poseedora Santa Ciriaca, célebre matrona romana había hecho construir un cementerio donde descansasen las cenizas ó restos de los mártires, y allí se sepultó á

San Lorenzo. Muchos celosos Pontífices fijaron en ella de una manera especial su atención, á fin de mejorarla continuamente, resaltando entre éstos Pelagio II, quien de tal manera se esmeró en ello, que obtuvo el epíteto de *Speciosior*.

Descendamos ahora á la cripta y ahí se nos presentará un monumento muy humilde por cierto, un sarcófago muy modesto, un túmulo que será el objeto de nuestra meditación algunos instantes, y de nuestra mirada algunas horas. No sé qué se siente al penetrar á este lugar; inexplicables son los sentimientos que animan á quien pisa estos lugares. Un mártir, que así puede llamarse, un héroe, un santo, un gran Pontífice, el que Pío IX se llamara, aquí descansa esperando la resurrección de la carne.

De todos es bien sabido el cuidado y solicitud que este gran Pontífice tuvo porque esta Basílica fuese decorada cual convenía, y el cariño que le tenía. A la vez era tanta su virtud y humildad, que desconocido quería quedar á los ojos del mundo, y por eso quiso que en este lugar descansaran sus huesos, ordenando en su testamento que su

cadáver fuese trasladado del Vaticano y sepultado en esta Cripta, y que no permitía se empleasen más de cuatrocientos escudos en formar su túmulo; por consiguiente que fuese muy modesto. En esta inteligencia todos estaban anuentes á cumplir tal determinación cuando abandonara la tierra este insigne mártir y al cielo fuese á obtener la recompensa de tantas penas. Mas ¿para qué recordar lo que al corazón creyente, ¡qué digo! al que tenga algún rasgo de humanidad, llenará de cierta tristeza é indignación? En fin, sabido es el gran desorden que promovieron los sectarios de Lucifer para profanar los venerandos restos del insigne Pontífice. Este hecho por cierto, nunca oído ó acontecido ni en las naciones bárbaras, ni registrado en las historias del mundo entero, arrojó un negro borrón, una fea mancha, que nunca se borrará, sobre los malvados autores de tanta villanía.

Mas Dios siempre asiste á sus escogidos, no tiene remedio: mientras más deseaba estar desconocido y ordenaba fuese trasladado *extra urbem*, por más que los impíos pretendían difamar su santa memoria, y el demonio se empeñaba en que desapareciera de

todo el mundo y aun de las más apartadas regiones, hubo donativos en más ó menos cantidad, es según las circunstancias, pero todas ellas acompañadas del suave aroma del amor; se recibieron algunas limosnas para que fuera decorado con esmero el lugar que tanta riqueza posee al contener los restos del gran santo, sí, santo aunque la Iglesia, como tal no lo haya presentado todavía á la veneración de los fieles. Lo cierto de todo es que bajo la égida del sabio y santo Pontífice actual, el gran León XIII, se organizó una respetable y activa comisión que á su cargo tomó la decoración y embellecimiento de esta Cripta, y las que al poco tiempo fueron llevadas á cabo y hoy con gran gozo ve el visitante.

La forma que este lugar tiene es la de un salón cuadrangular, y sus dimensiones son de veinte metros y treinta y siete centímetros de largo, y cinco metros veinte y seis centímetros de ancho. Su decoración es de estilo bizantino, del siglo séptimo, rica y hermosa; sólo viéndose puede apreciarse. Sus paredes están completamente tapizadas con los distintos escudos de las personas ó naciones que con su cristiano óbolo contribuyeron

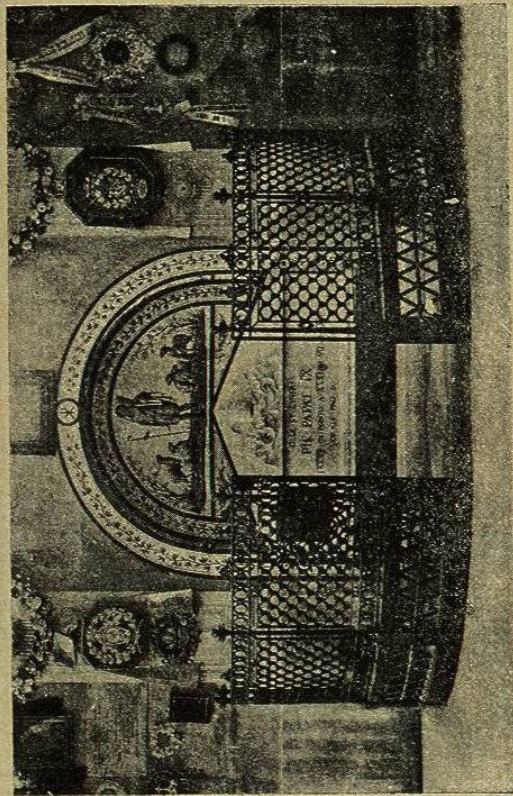
para llevar á cabo estas obras. Ahí descubrimos el escudo del Obispo de San Luis Potosí de nuestra República, el poeta y sabio D. Ignacio Montes de Oca, y otros también de nuestra católica nación. Están éstas divididas en tres zonas; una está cubierta con un basamento de más de un metro y adornada con molduras entalladas con incrustaciones de metal, sobre láminas de violado y verde antiguo.

Los cuadros del basamento están incrustados de oro y nácar sobre pórfido y serpentina. La zona que descansa encima del zócalo es de mosaicos muy preciosos, figurando tapicerías. Todo esto es de un gusto refinado y de una vista primorosa. El techo es riquísimo y en armonía con lo restante de la pieza. Tiene muy hermosas labores de estuco dorado y mosaicos preciosísimos, de distintos colores, formando varios dibujos, todo de estilo bizantino.

Ahora fijemos nuestra atención en los muros de menor extensión, ó más bien, en las cabeceras de la sala. Primero veremos la de la derecha y luego encontraremos al gran Santo á quien profesaba particular devoción este Gran Pontífice y á quien declaró

Patrón Universal de la Iglesia; en el lado contrario están representadas Santa Ciriaca, fundadora del cementerio sobre el que ahora existen tantas maravillas, y Santa Inés, por cuya intercesión se creyó verse salvo de un gran peligro. En frente está representada la proclamación del dogma de la infalibilidad pontificia y la concordia del Episcopado con la Santa Sede. Hechos gloriosos que de tanto bien fueron para la Iglesia y que tanto la enaltescen. La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima, el trigésimo aniversario del célebre Pontificado de Pío IX, y por último, el que figura ó representa el religioso óbolo de los fieles en socorro de la pobreza, á la que miserablemente redujeran los malvados al representante de Pedro en la tierra. Estos son los cuadros que el visitante admira.

No obstante los vehementes deseos del supremo jerarca León XIII y de muchos cardenales, obispos y simples fieles, de que se enriqueciera y se levantara un magnífico monumento á la memoria de tan ilustre Pontífice, se respetará su última voluntad y su suprema determinación, permanecien-



Panteón del Pontífice Pío IX en San Lorenzo. — Roma. Extra Urbem.

do siempre en la misma sencillez en que se encuentra. Es un sarcófago muy humilde, incrustado en parte en el muro y no tiene más adornos que su escudo de armas pontificias y una inscripción, muy lacónica y sencilla por cierto, pero que mucho significa y revela en gran manera la humildad, la modestia y la gran virtud del Pontífice que tantos motivos tiene para que su nombre y su memoria sea enaltecida. Debe advertirse que esta inscripción tiene tanto más mérito, cuanto que él mismo la dejó escrita y al pie de la letra dice:

Ossa et cinera Pii Papa IX. Vixit LXXXV anni. Rexit Ecclesiam XXXI anni. Orate pro eo.

Su traducción á nuestra lengua es la siguiente:

Huesos y cenizas del Papa Pío IX. Vivió LXXXV años. Gobernó la Iglesia XXXI años. Rogad por él.

La imagen del Salvador apacentando sus ovejas, colocada en la pared y dentro de un semicírculo pobre y humilde, es el adorno que embellece este modesto monumento. Una reja de hierro de muy sencilla ejecución está cercando, en forma semicircular,

el sepulcro que encierra los gloriosos restos de un gran Pontífice, del santo Pío IX.

Siendo ya preciso retirarnos, sentíamos profunda pena al tener que abandonar aquel silencioso y santo lugar, donde se reconcentraban los sentimientos todos de la humanidad, manifestando el amor y la gratitud. Así, pues, nos fuimos retirando como si abandonáramos á nuestro padre, y para no volverle á ver.

No rogamos por él, porque á la verdad creemos no lo necesita, sino que al contrario, le pedimos intercediera por nosotros, nos alcanzase el remedio de tantos males que nos aquejan y de tantas necesidades que nos agobian; que se acordase de nosotros con Dios Nuestro Señor, cuya presencia goza, y tuviera presente á nuestra adorada patria México, hija predilecta de María, que le alcanzase el remedio á sus inminentes males, pues siempre había sido fiel, sumisa y obediente á la Santa Sede.

Después de estar unos momentos postrados ante su humilde tumba y dirigiéndole nuestras fervientes y tiernas súplicas, nos levantamos, y saliendo de la cripta nos encontramos delante del pórtico de la facha-

da una bella columna de granito rojo oriental, que tenía por remate una lindísima estatua del Diácono San Lorenzo, esculpida en bronce por Jerónimo Lucenti. Preguntado el origen ó tiempo de su existencia, supimos que pertenece á la época de la última reconstrucción de la Basílica y en cuya erección tuvo también parte el Pontífice de María, el inmortal Pío IX. Murió, sí, este celebérrimo Papa, mas su nombre y sus hechos gloriosos nunca jamás morirán. Esculpidos están con caracteres indelebles, y los siglos nunca los borrarán.

Una visita al Panteón Municipal y hemos terminado; una poca de paciencia suplico á mis prudentes lectores.

Hay permiso de entrar y pueden hacerlo los que gusten y no traigan canes, pues hay que dejarlos afuera, pudiendo recorrer, como nosotros, todos los departamentos. Expresamente no me quiero ocupar de hacer una ligera descripción, ya de sus soberbios monumentos, ya de sus ricos mausoleos, ya de las alegorías tan caprichosas que los adornan, ya, en fin, de tanto como hay que admirar en este lóbrego y silencioso retiro, donde en paz descansan los que nos han

precedido en esta ley fatal de la muerte, donde nadie interrumpe el silencio de los que cual nosotros se movían y existían; donde duermen el sueño de la terrible eternidad tantos ricos, tantos potentados, tantos que alguna vez, en su loco frenesí, desafiaron al mismo Dios; donde confundido queda el miserable y soberbio hombre; no quiero, digo, describir algunos monumentos, porque me vería precisado á hacer mención del que el santo y sabio Pontífice Pío IX mandara erigir á los valientes y denodados defensores de la Iglesia y de los Estados Pontificios que sacrificados fueran cuando la toma de Roma por Víctor Manuel, en este lugar donde sus restos descansan y cuyos nombres se recuerdan llenos de gloria, pues me encontraría con una inscripción que la soberbia humana, el espíritu malévolos ha grabado también en el mismo mausoleo . . . punto final, porque la pluma se resiste y . . . no quisimos seguir adelante. Llenos de gran pena y profunda tristeza nos salimos de este edificio, encaminándonos á la vía de San Lorenzo, donde tomamos los coches que nos debían conducir á la estación del Ferroca-

rril, á fin de conocerla, pues aunque era hora de tomar alimento quisimos aprovechar esta oportunidad.

Es por cierto un soberbio y amplio edificio, cercado por todas partes de bellos y magníficos palacios y no muy lejos del centro de Roma. Bastante movimiento se nota con la entrada y salida de trenes que son muy frecuentes, mucho más que en nuestras estaciones de la República, pues aun en la noche no cesa el bullicio. Es de advertirse que para poder penetrar al andén cuando no se va á tomar el ferrocarril, hay que depositar una moneda de cobre que equivalga su valor á diez céntimos, en una báscula automática que allí se encuentra, y una vez hecho esto se oprime un botón é instantaneamente, como por encanto déjase ver un boleto que al portero se presenta, quedando de esta manera franca la puerta para entrar ó salir según plazca, mas tan sólo para ver salir ó llegar un tren.

Tarde era ya y nos dirigimos á los lugares de nuestros hospedajes con el fin de proporcionar un poco de alimento á nuestros fatigados y cansados cuerpos, determinando nuestro inseparable y sufrido compañero y

maestro, guía y amigo el Sr. Dr. Ruíz, que en la misma tarde fuésemos á visitar ó á conocer la iglesia de Jesús y que si tiempo teníamos después disponible, procuraríamos aprovecharlo lo mejor posible, pues nos faltaba muchísimo por conocer y el tiempo era muy limitado; que según había oído, tratábase ya de la excursión á Palestina y Tierra Santa y quizá muy pronto. Paramos todos la atención para oír; y supimos que ya se hacían investigaciones para averiguar cuál era la compañía que á la seguridad debida ofreciese las mejores condiciones, en cuanto á su comodidad y tratamiento.

—Basta señor doctor le dijimos. ¿Y cuándo se sabrá esto?

—Muy pronto, nos contestó. Ya vino un señor agente de la compañía francesa, y me ofreció ir á telegrafiar para que le informasen sobre los ínfimos precios y mañana á las ocho vendrá á participarnos el resultado.

El Sr. Habra también trabaja en el mismo sentido y creo pronto se sabrá á que atenerse.

—¿Y tu vas? le preguntamos.

—Ojalá, nos contestó; qué diera por

acompañarlos pues es mi delirio; pero casi raya en lo imposible. Lo primero y principal, el quehacer que tengo, causa de mi permanencia en ésta y que tanto me urje; pues constantemente tengo que ver al R. P. Llevaneras y no podré faltar ni un día. Ojalá, ojalá pudiera; mas ni pensar quiero en ello.

—Andale, le decíamos, ponemos un cablegrama al Ilmo. Sr. Arzobispo y seguro no le parecerá mal.

—Ni de chanza, nos contestó.

—Pues aunque sea á Loreto nos acompañas.

—A ninguna parte, respondió.

Dejamos pues de mortificarlo é inquietarlo, y él se quedó en su habitación muy contento y alegre como siempre, esperando sólo sonara la hora de comer, y nos despedimos citándonos para las tres de la tarde, señalando por punto de reunión, el lugar de su domicilio, Colegio Pio Latino Americano, Via Gioachino Belli número 3, piso tercero y número no me acuerdo. *Adieu mon pretre.*

Comimos, y después de reposar unos cuantos momentos y de rezar nuestras horas menores y las vísperas con sus completas,

salimos de nuestras estancias disputándonos todos la formalidad y la más completa exactitud, así es que nos dirigimos á la casa con sabida, preguntamos por el Sr. Dr. Ruíz. Hay que decir el apellido porque en este regio plantel existen muchísimos doctores.

El portero nos recibió amablemente, diciéndonos que en su habitación se encontraba. Subimos aquellas escaleras construidas de mármol blanco, y llegando al tercer piso, frente á la puerta de la capilla, se encuentra el reloj y á la derecha la habitación de nuestro fino compatriota.

Tocamos, y *avanti* nos contestaron. A van-samos y lo saludamos disponiéndose luego para marchar. Después nos dijo: siéntense, vamos á fumar un cigarrillo italiano. Nos lo dió y unos cuantos momentos más nos esperamos, saliendo luego y bajando las mismas escaleras y tomando luego los carruajes que nos habían de transportar á la iglesia de Jesús. A Jesús, se le dijo al cochero de adelante y todos le seguían sin perderse de vista uno de otro, pues son vivos, inteligentes y bien educados, en obsequio de la verdad. A la iglesia de Jesús decíamos, y en ella á poco andar nos encontramos.

Es sin duda una de las más ricas y bien decoradas de esta ciudad, de los monumentos, de los Papas y de todo. Su exterior es muy sencillo, pero severo; su fachada está adornada de dos órdenes de columnas, corintias las unas, y compuestas las otras.

Poco tenemos que decir de su exterior: penetremos ahora á su interior y la pluma no es suficiente ni la inteligencia capaz para poder describir cual conviene y dar á conocer como se debe, la riqueza y belleza del arte, así como las maravillas que contiene este suntuoso edificio.

Sorprendente es el aspecto que ofrece al visitante, ya por su decoración de pilastras de orden compuesto, como por sus estucos dorados, esculturas en mármol y sus bellas pinturas. En el año de mil quinientos setenta y cinco fué construida por Vignole y terminada después por Santiago de la Porta, discípulo del primero. Imposible sería dar una completa descripción de las obras que la embellecen y en la que la respetable Compañía de Jesús empleó soberbias sumas, y á fe que con justo motivo, pues si en todas sus obras son tan solícitos y tan pródigos y á tanto costo las ejecutan, con más razón

se esmerarían en este lugar, donde iban á depositar los venerables restos de su gran padre y fundador, San Ignacio de Loyola.

Así es que en obsequio de la verdad, y sin temor de equivocarnos, debemos afirmar que si bien algunas otras iglesias y Basílicas, gocen de más amplitud, sean más espaciosas, contengan más adornos, aparezcan más decoradas que ninguna otra exceptuando el Vaticano, que ostenta el lujo de su decoración como el que se admira en las bóvedas de este templo que nos ocupa. Admirables, ricos y elegantísimos marcos de estuco sostenidos por estatuas colosales de espíritus angélicos en simpática y graciosa forma humana; las virtudes cristianas representadas perfectamente, ya por hombres ó mujeres ostentando los distintos atributos; en una palabra, cuanto de bello tiene el arte, cuanto de precioso y rico pueda la inteligencia humana concebir, lo encontrará el visitante en las suntuosas y magníficas bóvedas de la iglesia de Jesús en Roma.

Es de una sola nave y en el interior se descubre tan pronto como uno penetra el altar mayor con sus cuatro esbeltas colum-

nas de mármol amarillo antiguo, conteniendo un bellissimo cuadro que representa la Crucifixión del Divino Salvador, y á la derecha se ve la gran tumba del famoso y renombrado cardenal Belarmino.

En los cruceros se encuentran dos lindísimas capillas, donde no se sabe qué admirar más, pues todo es sorprendente, rico y magnífico.

La de la izquierda es la que está dedicada al gran santo fundador, y donde existe el soberbio monumento que sus amantes hijos han erigido á su gloria. Es la tumba más rica que á mortal alguno se haya levantado en la sucesión de los tiempos. La describiremos brevemente y el lector quedará admirado al ver tanta majestad, maestría y riqueza.

Cuatro columnas adornan el altar, y sobre ellas descansa un soberbio frontón de preciosísimos mármoles; éstas están cubiertas desde su base al capitel con lapizlázuli, y su altura será de cinco á seis metros aproximadamente. Admiramos un poco más la belleza de estas columnas revestidas de azul purísimo y trasparente, acanaladas y con incrustaciones de bronce dorado; un

magnífico relieve que á la Augustísima Trinidad representa, está realzado en el frontón que sobre las columnas descansa.

Ahora, si fijamos la atención en el centro del altar, veremos al gran San Ignacio delineado en un sorprendente y magnífico cuadro que llama la atención; ya parece que habla y que sin excepción á todos convida á ser santos. Su actitud es la más natural y en todo revela su gran espíritu y su mucha santidad. Delante se ve una estatua de plata que representa al mismo santo, y debajo del altar ¿qué encontraremos? ¡Oh! una elegantísima y decente urna, será la que arrebaté nuestra atención. Formada toda de bronce y decorada con algunas piedras preciosas, es la que contiene las reliquias sagradas del hombre singular á quien debe tanto la iglesia. Dos emblemas se miran en los laterales; el uno representa á la Fe civilizando con la cruz á los indios salvajes, y el otro á la Religión confundiendo con sus concluyentes principios á la soberbia herejía, siendo la primera obra de Juan Teudón, y la segunda de Le Gros. Dos preciosísimos candelabros hechos de bronce, adornados con unos primorosos án-

geles de exquisito arte, se encuentran colocados delante de los grupos.

En la capilla de la derecha, un altar consagrado á S. Francisco Javier, apóstol de nuestras Indias é hijo del gran padre San Ignacio, y cuya pintura, muy bella por cierto, se ostenta figurando su muerte. El día en que la iglesia celebra su festividad exponen á la veneración pública una reliquia que de este santo poseen los padres Jesuitas encargados de guardar estos ricos tesoros; consiste en un dedo, del que sólo se conservan los huesos.

Dos balaustradas de bronce se hallan cerrando la entrada en cada uno de estos altares; todo lo que contribuye para que den el golpe de vista más primoroso y encantador.

Tiempo era ya de partir; doblamos nuestras rodillas y rezamos una estación al Santísimo Sacramento, levantándonos en seguida para dar la última mirada á este majestuoso y riquísimo templo, elevando por última vez nuestro ojos para ver las magníficas bóvedas, pues, con seguridad, en el mundo entero no podrá encontrarse tanta maravilla como la que aquí se encierra.